

*Barcelona,
fragments de la
CONTRA
cultura*

El Viaje Interior

Martí Sans

El retorno al mundo interior como reacción contra una modernidad despersonalizadora es uno de los ejes principales de la contracultura de los años 60 y 70. Fenómeno de origen anglosajón, Counter culture debería traducirse más literalmente por cultura alternativa. Su intención no es tanto combatir la cultura dominante como salirse de ella. Una cultura marginal, integrada por personas que viven fuera de las normas establecidas.

La primera manifestación popular de esta cultura alternativa fue el movimiento hippy, que comenzó con la década de los 60 en Estados Unidos y alcanzó su clímax el año 1967 en San Francisco, con el llamado “verano del amor”. Con sus ocupaciones masivas de parques públicos para hacer recitales de poesía, música, comidas fraternales, fumar hierba, practicar meditación o hacer el amor, fue el antecedente americano y a la vez el reverso de la moneda de las revueltas de mayo del 68 en París.

Esta eclosión pública del movimiento hippy supuso, en parte, su banalización y su integración como moda vaciada de contenido. Sus herederos, resueltos a no dejarse integrar, se autodenominarán *freaks*, que podría traducirse como bichos raros.

El *freak*, como el hippy y el beatnik, sus precursores ideológicos, no lucha por la transformación económica y social como otras corrientes de su época, sino por la transformación personal. Las batallas que ha de librar están en el interior de sí mismo.

En este retorno al mundo interior hubo dos factores determinantes, ambos fundamentales en la elaboración y difusión de la cultura *freak*: la divulgación de las tradiciones filosóficas de Oriente (budismo, hinduismo y taoísmo) iniciada por el movimiento beatnik en los años 50 y la aparición en escena de dos sustancias

alucinógenas: el cannabis (marihuana o hashis) y la LSD (dietilamida de ácido lisérgico).

Aunque su auge entre los jóvenes comenzó a finales de los 60, el movimiento beatnik ya había elevado la marihuana a la categoría de inductora de estados místicos; el poeta Allen Ginsberg la bautizó como hierba sagrada. Sin embargo, la LSD es un fenómeno totalmente nuevo. Conocida entre los freaks como ácido o trip (viaje), su círculo de usuarios es más restringido y en cierta manera más hermético. No es propiamente una droga, en el sentido corriente del término; no produce adicción, ni tolerancia, ni síndrome de abstinencia, pero sus efectos psíquicos son muy fuertes. Es un poderoso agente de introspección, un viaje que permite explorar el territorio más incógnito: la propia mente.

Sintetizada en 1938 por el químico Albert Hoffman, de los laboratorios Sandoz, para ser usada como analéptico (estimulante de la circulación y la respiración), la LSD, probada sólo en ratones, no despertó el interés de los farmacólogos de la empresa y fue archivada. Cinco años después, Hoffman, siguiendo un presentimiento, retomó su compuesto para hacerle nuevos análisis y accidentalmente lo rozó; ésta mínima ingestión por vía cutánea bastó para descubrir sus efectos psíquicos en carne propia. Aquel roce fortuito un 16 de abril de 1943, cambiará la conciencia de muchas personas, empezando por la del propio Hoffman.

Durante los años siguientes la LSD se usó con éxito en tratamientos e investigaciones psiquiátricas, muchas personas lo utilizaron en procesos terapéuticos, entre ellas conocidos actores de Hollywood como Gary Grant o James Coburn. Pero el hombre que abriría la caja de Pandora de la LSD fue el psicólogo Timothy Leary, profesor de psicoterapia de la universidad de Harvard.

En 1960, entró en contacto con el alucinógeno y quedó impresionado. Empezó a organizar sesiones con grupos de estudiantes voluntarios, para después compartir las experiencias y debatir sobre ellas. Los estudiantes que asistían a los clases prácticas del doctor Leary eran cada vez más numerosos, una corriente de entusiasmo recorrió el campus.

Se hablaba de revolución interior, de política del éxtasis, la euforia amenazaba con contagiar a otras universidades del país. Las autoridades se alarmaron, presionaron a la universidad y ésta canceló el proyecto. Leary continuó sus actividades desde una fundación privada, pero en 1965 la policía clausura el centro, le encarcela y se prohíbe la LSD, incluyéndola en el grupo de drogas estupefacientes, como había pasado años antes con la marihuana. Promocionada por el escándalo y prestigiada por su prohibición, la LSD salta a la escena de los jóvenes y se extiende como la pólvora, muchos querrán realizar el viaje, la mayoría sin la más mínima preparación.

A partir de entonces el ácido deberá fabricarse en laboratorios clandestinos, sin ningún control por parte del usuario sobre la calidad, pureza, estado de conservación, dosificación, etc.

Inevitablemente, la hierba y el ácido se convertirán en los sacramentos de un nuevo culto pagano y en el eje vertebrador de su proceso iniciático.

Este nuevo culto entra en Europa primero por los países de tradición protestante, más afines a la onda americana, y su meca fue Amsterdam, que significó para los freaks lo que París para los contestatarios políticos.

Cada país tuvo su versión local; aquí se conoció como El Rollo. El Rollo fue un conjunto de tribus muy heterogéneas que participaban en mayor o menor grado de la filosofía freak. Aunque hubo grupos sueltos desde 1968, no podemos hablar de un movimiento con suficiente quórum, hasta 1971. El Festival de Música de Granollers, ese mismo año, con 10.000 asistentes supuso la primera manifestación masiva del Rollo y el principio de su extensión (cuatro años después el Canet Rock, acogerá a 40.000 personas).

Pero lo esencial del rollo, a mi modo de ver, no fueron sus manifestaciones externas, sino internas; los cambios producidos en la conciencia única de cada individuo. La verdadera marginación es un proceso de conocimiento que lleva hacia uno mismo, a la expresión de la propia personalidad. No se trataba de seguir un patrón ajeno sino de buscar uno propio, vivir la propia aventura. No era más importante el que viajaba a Katmandú que el que no se movía de su barrio,

porque la experiencia interior es la que da sentido y altura a la propia vida. El verdadero viaje es hacia la propia singularidad.

En este sentido el Rollo fue una corriente iniciática que afectó transversalmente la sociedad de su época. Los iniciados se reconocían entre sí. Para muchos fue una moda más, para otros una experiencia que cambió para bien o para mal sus vidas. Y uno de los principales agentes de estos cambios fueron los alucinógenos, y de manera muy especial el trip, ese viaje interior que permite atisbar el cielo y el infierno que hay en cada uno de nosotros.

Las drogas ilegales son todavía un tema tabú y un verdadero problema social, pero al margen del juicio que hagamos hoy de ellas, no podremos encarar la historia de esa época, con un mínimo de rigor, sin tenerlas en cuenta.

Al final de la década, aparecieron nuevas drogas en escena: cocaína, heroína; movían mucho dinero, su público potencial es mayor y son tremendamente adictivas. Hicieron estragos entre las gentes del Rollo. Se acababa la fiesta y empezaba la resaca. Unos supieron encontrar el camino de regreso y aplicar lo que habían aprendido, otros se perderían irremediabilmente.

La misma búsqueda de singularidad, que los llevo a marginarse, los llevaba ahora a la autodestrucción; “me destruyo para saber que soy yo y no todos ellos”, diría Artaud.

El mismo impulso que llevaría parte de la Contracultura hacia el movimiento Punk. ■